

Sobre fogones y semáforos: Percepciones y analogías de dos geografías desencontradas. El caso del volcán Callaqui en la geografía ancestral pehuenche de Alto Biobío
On stoves and traffic lights: Perceptions and analogies of two uneven geographies. The case of the Callaqui volcano in the Pehuenche ancestral geography of Alto Biobío

Recibido el 08 de mayo de 2020, aceptado el 08 de junio de 2020

Claudio Contreras Véliz*

Resumen

En Alto Biobío, área cordillerana del centro sur de Chile, habita parte del pueblo originario Pehuenche, cuyas comunidades o lob mapu, se emplazan alrededor del volcán Callaqui (‘Callavquen’ en la lengua local, que significa ‘celoso de los hombres’).

El volcán en el último tiempo ha sido monitoreado por la institucionalidad vulcanológica y de emergencias del país (SERNAGEOMIN, ONEMI y Universidades), que busca generar planes y acciones para gestionar la alarma de una posible erupción, y advertir a través de un semáforo y escalas de riesgos, la peligrosidad que representa para la población local. No obstante, los pehuenches, habitantes ancestrales del área de influencia del volcán, han convivido con él de una manera intrínseca por generaciones, y le han asociado gran parte de sus actividades económicas, sociales y culturales, otorgándole un sentido protector desde sus propias percepciones respecto del macizo montañoso.

* Magíster en Geografía con mención en intervención ambiental y territorial de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano (PIIT-UAHC), ccontrerasveliz@gmail.com

El presente artículo tiene como objetivo dar cuenta de dos visiones diferentes respecto a la presencia y relación de la población local con el volcán Callaqui, en el territorio del pueblo originario Pehuenche en la comuna de Alto Biobío. Éste se basa en un extenso trabajo etnográfico, y expone el desencuentro en la valorización y apropiación de la geografía local, entre la percepción de la cultura de las comunidades que la habitan, y de la institucionalidad y la normativa de emergencia que la intervienen.

Palabras clave: Geografía, territorio, pehuenches, desencuentro y ancestralidad.

Abstract

In Alto Biobío, an area in the central south of Chile, part of the original Pehuenche people live, whose communities or Mapu lobs are located around the Callaqui volcano ('Callavquen' in the local language, which means 'jealous of men').

The volcano has recently been monitored by the country's volcanological institutions (SERNAGEOMIN and Universities), that generates plans and actions that seek to manage the alarm of a possible eruption, and warn through a traffic light and risk scales the danger that represents for the local population.

However, the Pehuenches, ancestral inhabitants of the volcano's area of influence, have lived with it in an intrinsic way for generations, and they have associated a large part of their economic, social and cultural activities with the volcano itself, giving it a protective sense from their own perceptions regarding the mountainous massif.

The objective of this article is to give an account of two different visions regarding the presence and relationship of the local population with the Callaqui volcano, in the territory of the original Pehuenche people in the Alto Biobío commune. This text is based on an extensive ethnographic work, and it exposes the disagreement in the appreciation and appropriation of local geography, between the perception of the culture of the Pehuenche people who inhabit it, and the institutionality and emergency regulations that intervene in it.

Key words: Geography, territory, pehuenches, disagreement and ancestrality.

Introducción

*El Callavquen es el volcán celoso de los hombres, no le gusta ser invadido.
Si alguien lo molesta se cubre de nubes por días.
Pero a nosotros, él nos protege y nosotros lo respetamos. No le tenemos miedo¹.*

¹ Entrevista realizada por Claudio Contreras Vélez a Entrevistado 1, 26 de enero de 2017, Lob Mapu Quepuca Ralco, Alto Biobío, Chile.

* Todas las entrevistas utilizadas en este documento fueron realizadas por el autor del mismo.

*Igual que nosotros, en que la familia pehuenche se reúne en torno al fogón.
Las comunidades pehuenches, los lob, están en torno al volcán Callaqui?*

Los pehuenches son un pueblo originario, perteneciente a la cultura mapuche, que habita en las zonas cordilleranas del centro-sur de Chile y Argentina. Sus prácticas culturales y cosmovisión se han construido en torno a la particular geografía del área, dominada por montañas, volcanes, torrentosos ríos y sus bosques de araucarias.

En Alto Biobío, son doce las comunidades (Lob mapus) del pueblo Pehuenche que habitan en el entorno del volcán Callaqui, o Callavquen en la lengua nativa. Ubicado entre dos cuencas fluviales, la del río Queuco por el lado norte, y el río Biobío por el sur, el volcán se encuentra en el centro de los emplazamientos de las comunidades o Lob Mapu pehuenche.

Para la población nativa, que por generaciones ha habitado las tierras cordilleranas, la espiritualidad y el poder protector de las montañas juegan un rol fundamental en la vida y desarrollo cotidiano de su cultura. Por tal razón, las comunidades pehuenches se fueron asentando en torno al volcán mismo, tal como explica un lonko de un lob mapu de la zona: “Igual que nosotros, en que la familia pehuenche se reúne en torno a un fogón, los lob están en torno al volcán”³.

Por su parte, desde la institucionalidad de prevención y alertas volcánicas de Chile (La Red Nacional de Vigilancia Volcánica, RNVV., de SERNAGEOMIN), las percepciones y acciones en torno a éste y otros volcanes a lo largo del país, son diferentes. Con un lenguaje normativo y de prevención de riesgos, el símbolo del semáforo y sus colores de advertencia son el medio por el cual se busca mantener informados y en alerta a los mismos habitantes que ancestralmente han habitado a la sombra de sus temblores, ruidos subterráneos, erupciones y fumarolas.

Ambas percepciones son un claro ejemplo de los múltiples desencuentros en regiones con una geografía apropiada ancestralmente que, bajo la introducción de la institucionalidad público-privado en las últimas décadas, ha sido susceptible a ser gestionada desde normativas y lógicas homogéneas —o estándares—.

De esta manera, y a partir del estudio de caso de las relaciones de las comunidades del pueblo originario Pehuenche con el volcán Callaqui, es necesario aproximarnos a los alcances y consecuencias que pueden generar en espacios territoriales indígenas, intervenciones institucionales y normativas foráneas a dicha lógica de apropiación ancestral. Para el caso en particular de la geografía pehuenche y el volcán Callaqui, se hace un análisis sobre el cómo las políticas, normas y protocolos de emergencia del Estado de Chile terminan siendo incomprendidas e ineficaces respecto de los modos y prácticas culturales que se han desarrollado por generaciones entre los

² Entrevistado 2, 04 de diciembre de 2017, Lob Mapu Pitril, Alto Biobío, Chile.

³ *Ibid.*

pehuenches en su relación con la geografía ancestralmente habitada y con el volcán ‘celoso de los hombres’.

Antecedentes

*Los Ngen-winkul⁴ está en las montañas y volcanes.
Y en el Callavquen el espíritu es el de una mujer.
Cuando llegan las machis de Temuco la ven, y se debilitan,
porque son de tierras más bajas con un newen⁵ más débil.
El newen de las montañas es más fuerte, porque está más arriba⁶*

Por generaciones, las comunidades pehuenches habitantes de los sectores cordilleros de la Región del Biobío en Chile desarrollaron una forma de vida adaptada a la geografía montañosa, que ha incentivado el uso de tierras altas y bajas para la crianza de ganados; la movilidad de hábitats según los periodos invernales y estivales; la religiosidad basada en los espíritus protectores de las montañas y ríos; la generación de modos económicos de trueque e intercambio por pasos cordilleros entre Chile y Argentina, y el desarrollo de concepciones sobre la salud, la enfermedad y el bienestar, delineando así los valores particulares de este pueblo originario.

“La modernidad”, aquel extraño concepto utilizado por unos y otros para reflejar nuestra época contemporánea y el predominio de la tecnología como herramienta de control-gestión, trajo consigo nuevas lógicas y relaciones espaciales a la geografía en cuestión. La inserción de instituciones públicas y privadas vino a generar un significativo cambio en las relaciones y percepciones del espacio local, y de las relaciones sociales, culturales y económicas desarrolladas en él.

Una nueva lógica aterriza con fuerza en medio del territorio pehuenche. La gestión de la política pública del territorio se instala en la geografía ancestral con normativas de seguridad, prevención e indicadores socioeconómicos que reducen buena parte de los modos relacionales de la vida de los pehuenches a variables agrupadas por conceptos como peligrosidad y vulnerabilidad⁷.

⁴ Los ‘Ngen’ son espíritus protectores o dueños de la naturaleza en la religiosidad mapuche. Los ‘Ngen-winkul’ corresponden a los espíritus de los cerros, montañas y volcanes. Distinguiéndose según tamaño, en el caso de los volcanes son los ngen-füta-winkul, espíritu dueño de la montaña (cerro grande) y volcán. Véase Ester Grebe, “El subsistema de los Ngen en la religiosidad mapuche”, *Revista Chilena de Antropología* n° 12, (1994-1995): 52.

⁵ El “Newen” es la energía o potencia que emana de los elementos de la naturaleza. En el caso del Ngen-winkul, algunos cerros tienen espíritus cuando están dotados de Newen. Véase Ester Grebe, “El subsistema de los Ngen en la religiosidad mapuche”.

⁶ Entrevistado 2, 04 de diciembre de 2017.

⁷ De acuerdo con los parámetros de vigilancia se establecen criterios técnicos que definen los siguientes niveles de alerta volcánica: verde (volcán en su nivel de actividad base), amarillo (incremento de su nivel de actividad), naranja (probable desarrollo de una erupción en corto plazo), roja (erupción volcánica en proceso o inminente).

El habitante pehuenche, según los indicadores de gestión territorial, pasó a ser pobre (una de las comunas con más alto índice de pobreza a nivel país) desde los criterios económicos; excluido, desde las coberturas de prestación de servicio de los sistemas de salud y educación; aislado, desde los criterios de conectividad, y vulnerable, desde los criterios de riesgo volcánico. Lo anterior, en un trance temporal de apenas 4 décadas.

El territorio —otrova vivido bajo acuerdos consuetudinarios y comunitarios— delineado bajo una lógica de habitación ancestral, ahora yace confrontado por las prácticas de una cultura público-privado que percibe y se apropia del él de modos muy diferentes.

El planteamiento del presente artículo es que en el territorio de los pehuenches en Alto Biobío se (des)encuentran dos maneras de percibir y significar la geografía local. Por una parte, la territorialidad indígena del pueblo originario Pehuenche que lo habita ancestralmente, y que ha generado una particular relación con el territorio y el volcán, y por otra, la lógica de las instituciones y normativa general pública, que cruzan al conjunto de la sociedad chilena, y que obvia las particulares experiencias de los territorios locales. Esto es, que habría dos formas distintas y contrapuestas de percibir y habitar el espacio territorial, configurando con ello una relación de disputa y tensión entre ambas perspectivas.

Lo anterior, expone, en consecuencia, que en las territorialidades ancestrales habitadas por los pueblos originarios se construyen relaciones y subjetividades con el medio geográfico que habitan, edificando cosmovisiones y lógicas de ocupación que les permiten desarrollar sus prácticas y manifestaciones culturales, adaptándolas a los ciclos de las dinámicas ambientales y naturales del territorio.

Dicho tejido, entendido como el territorio ancestral, no posiciona en este caso al pueblo Pehuenche habitando la geografía local con estándares de emergencia de la sociedad moderna, sino más bien, a un pueblo indígena que se ha ido incorporando de modo intergeneracional en las propias dinámicas de la geografía volcánica de Alto Biobío. Al respecto, este pueblo ha generado en el extenso tiempo de ocupación del área mencionada, particulares ritmos de movilidad y hábitat que se adaptan a los ciclos eruptivos del volcán Callaqui, de los demás volcanes de la región, de las nevadas y deshielos de sus altas cumbres, y a los elementos de la naturaleza que hay en las laderas y valles volcánicos. En este sentido, es importante destacar que la territorialidad indígena no secciona o racionaliza los espacios con la misma lógica que otros grupos sociales o culturales de la sociedad chilena, sino que se siente parte de aquel tejido territorial junto a los demás elementos que la componen:

Ese espacio de relación no es un espacio repartido en zonas de uso. Desde esta perspectiva, el territorio indígena, lejos de constituir una extensión geométrica enmarcada en hitos físicos que separan y delimitan, no es otra cosa que la consolidación de un tejido muy específico y singular de vínculos sociales entre los diferentes seres que

constituyen el entorno, entre otros, las personas humanas y sus sociedades, cada uno con sus intereses y necesidades, que se vinculan en un espacio determinado.⁸

Aquí, las comunidades o lob mapus pehuenches —sus habitantes y manifestaciones culturales— son parte de un entramado territorial que cohabita junto a los volcanes, los espíritus de las montañas y volcanes llamados winkulus, la energía o newen que emana de sus recursos, y el flujo cotidiano de las aguas, el clima y las erupciones volcánicas.

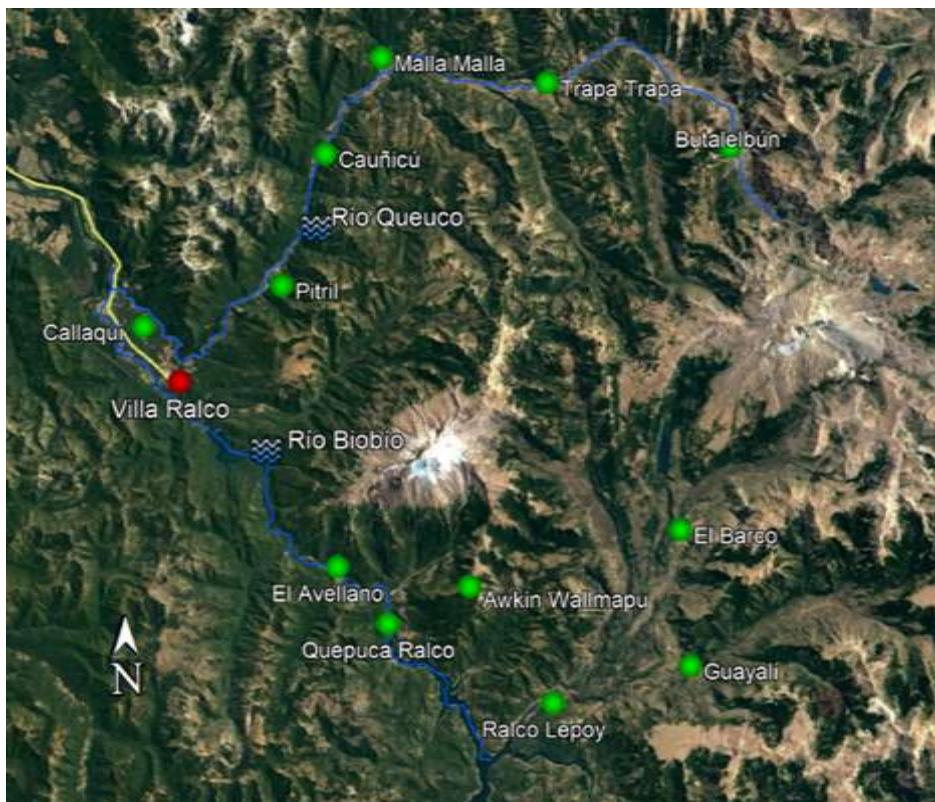


Figura 1. Comunidades pehuenches que se ubican en torno al volcán Callaqui.
Fuente: elaboración propia.

De esta manera, y como se ha mencionado con anterioridad, para el caso de estudio en Alto Biobío nos encontramos principalmente ante dos maneras de ejercer territorialidad. Ambas lógicas confrontadas en una geografía valorizada y escalarizada

⁸ Alexandre Surrallés y Pedro García Hierro, *Tierra Adentro. Territorio indígena y percepción del entorno* (Copenhague: Grupo Internacional de Trabajo sobre Asuntos Indígenas, 2004), 12.

de forma disímil, que representa un aspecto disruptivo que hemos llamado “Geografía del desencuentro”, es decir, una geografía donde se confrontan dos territorialidades diferentes, o dos maneras de aprehender la geografía local de modo diferenciado. Así, para efectos de este texto, hablamos de una geografía montañosa y volcánica entendida ancestralmente, y que se ve afectada y tensionada por otras territorialidades, otras maneras de habitarla, administrarla, gestionarla y/o rentabilizarla. Nuevas ocupaciones y adaptaciones que trastocan la comprensión del territorio por parte del pueblo Pehuenche que, si bien subsiste la noción ancestral del territorio en el recuerdo transmitido de generación en generación, y en este caso, en su relación con el volcán Callaqui, es intervenida y regulada por los occidentalizados marcos de la normativa e institucionalidad de la emergencia, en su propio y estandarizado entendimiento territorial. Desencuentro geográfico del que aquí se da cuenta a partir de la relación de la población local con el volcán Callaqui, y su desencuentro con las lógicas territoriales y geográficas del Estado, de la cultura empresarial, y de las normativas institucionales que intervienen.

Metodología

La investigación se enmarcó en el campo de la investigación social cualitativa, a través del uso de diferentes instrumentos que permitieron aproximarse a los campos de significación y realidad de los sujetos sociales involucrados. Este estudio de caso se apoyó de un conjunto de ejercicios etnográficos realizados entre los años 2015 y 2018, en la comuna de Alto Biobío y Santa Bárbara⁹. Durante el trabajo de campo se identificaron múltiples variables sociales, culturales, económicas, de bienestar social y geográficas de las comunidades indígenas, que guardaban una evidente lejanía con los indicadores socioeconómicos y proyectos de intervención de las instituciones públicas y privadas del país.

De esta forma, el trabajo se propuso primero como una etnografía de naturaleza primordialmente descriptiva, y enmarcada en su realización, análisis e interpretación, dentro de los parámetros de las disciplinas antropológicas y geográficas. Desde el campo conceptual, este acercamiento implica que la construcción de conocimiento tiene una raíz etnográfica, crítica y cualitativa que, en esta oportunidad simbólica, se basó en el reconocimiento de los parámetros subjetivos de dos culturas muy disímiles entre sí.

Así pues, se tuvo como unidad de análisis las prácticas y los discursos socioculturales respecto a las dinámicas generadas sobre un mismo territorio. Esto siguiendo

⁹ Claudio Contreras y Javiera Luco, *Geografía social y cultural pehuenche: Estado de ocho comunidades pehuenches en Alto Biobío y Santa Bárbara* (Valparaíso: Imbunche Ediciones, 2016); Javiera Luco, Yasna Amarales y Javiera Campos, *Estudio de percepciones: Relatos y sentires de ocho (8) Comunidades Pehuenches. A 24 años de la llegada de ENDESA al territorio del Alto Biobío* (Valparaíso: Imbunche Ediciones, 2016).

lo que la antropóloga Rosana Guber plantea sobre la etnografía y su propósito: “una concepción y práctica de conocimiento que busca comprender los fenómenos sociales desde la perspectiva de sus miembros (entendidos como “actores”, “agentes” o “sujetos sociales”)”¹⁰.

Es importante resaltar que esta investigación buscó ser de tipo comparativo, puesto que el seguimiento, análisis e interpretación de las experiencias observadas y registradas en el territorio, respondieron a una transposición de experiencias que, en el ejercicio del análisis de ambas situaciones, nos dan cuenta de sus tensiones y diferencias sobre el mismo espacio territorial: "Siempre está presente una perspectiva comparativa, transcultural, aunque con frecuencia como una asunción no afirmada. [...] Todas las culturas son vistas como adaptaciones a las exigencias de la vida humana y exhiben características comunes, pero conductas diferenciadas"¹¹.

El uso de la etnografía como principal herramienta de trabajo, se basa en que ésta es un instrumento fundamental en las ciencias antropológicas, y un retrato vívido —según Rosana Guber—, de los más variados aspectos de una cultura¹². Por tanto, resulta cardinal al momento de percibir y registrar todo lo experimentado y entendido (como no) del estudio y relación dada con ambas culturas a estudiar, como también, con los demás actores y grupos sociales que inciden en la orientación investigativa del presente estudio.

Cabe destacar que el trabajo de campo realizado en el territorio pehuenche en Alto Biobío también se desarrolló bajo la perspectiva de Estudio de Caso desde las ciencias sociales, pues el contexto de estudio reunía variables y condiciones que podrían contar con mayores profundidades analíticas siguiendo los enfoques de EC cualitativos:

Los EC cualitativos son más comprensibles abordando el fenómeno de estudio en ambientes naturales (situación que no sucede con un diseño de investigación con una adaptación específica que recoge los datos), no obstante, lo que determina un EC cualitativo será plantearse una descripción de una situación real, que está asociado con un fenómeno contemporáneo y que ha sido socializado por el grupo al cual pertenece, y donde su foco no es(son) una(s) persona(s) en sí, pero sí una(s) persona(s) en una situación, institución, organización, evento o un proceso (como contexto ecológico). De este modo, se conceptualiza como una investigación sistemática e intensiva ya sea de un caso individual, comunidad o alguna unidad típicamente conducida bajo condi-

¹⁰ Rosana Guber, *La etnografía: Método, campo y reflexividad* (Bogotá: Grupo editorial Norma, 2001), 05.

¹¹ Gregorio Rodríguez, Javier Gil y Eduardo García. *Metodología de la Investigación Cualitativa* (Málaga: Ediciones Aljibe, 1999), 47.

¹² Rosana Guber, *El Salvaje Metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo* (Buenos Aires: Editorial Paidós, 2004), 68.

ciones naturales, en la cual el investigador examina los datos en profundidad relacionándolos con antecedentes, situaciones comunes, características del ambiente y las interacciones.¹³

En consecuencia, se siguieron tres líneas de acción bajo en el territorio con los actores locales, tanto de la institucionalidad pública y privada, como de los habitantes nativos de la zona:

- Mapas georreferenciados: construcción y análisis de mapas a partir de herramientas tecnológicas; talleres de mapeos sobre la percepción del territorio y su toponimia, y recorridos participativos con población nativa.
- Etnografía: trabajo de campo y aplicación de técnicas de entrevista y observaciones directas y participativas con actores locales (habitantes pehuenches, funcionarios públicos y agentes público-privados).
- Muestras y antecedentes: revisión de fuentes bibliográficas de las normativas público-privado; normas de seguridad vulcanológica, y análisis de discurso de entrevistados.

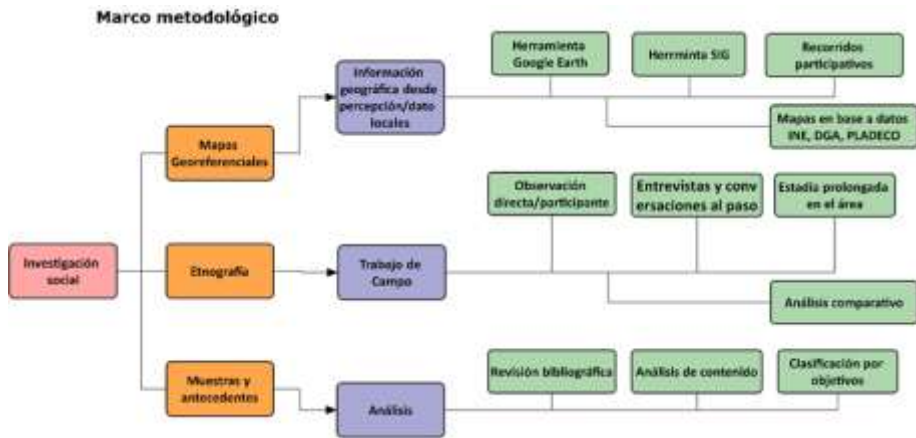


Figura 2. Matriz metodológica de trabajo de campo y análisis.
Fuente: elaboración propia.

¹³ Eugenia Urra *et al.*, “Enfoques de estudio de casos en la investigación de enfermería”, *Revista Ciencia y Enfermería* Vol. 20: n° 1 (2014): 134.



Figura 3. Recorrido participativo con comuneros pehuenches del Lob Mapu Quepuca Ralco.
Fuente: elaboración propia.

Caracterización territorial

El Alto Biobío nos habla de un territorio altamente singular, tanto por su geografía que da nacimiento a uno de los ríos más reconocibles e importantes en Chile — el Biobío—, como por el pueblo originario Pehuenche que allí concentra gran parte de su población y comunidades. Su geografía se configura a partir de la misma cuenca del río Biobío por el sur, y del río Queuco por el norte; además de contar con un dinámico relieve montañoso y volcánico, teniendo a los volcanes Callaqui (centro comunal) y Copahue (frontera con Argentina), como volcanes con grados de actividad regular en la zona.

El Volcán Callaqui (Callvquen) se ubica en las coordenadas: 37°56'S - 71°27'O, y es tipo Estratovolcán, es decir, de forma cónica y de gran altura (3164 m.s.n.m.). Su última erupción mayor data de 1980. Su ranking de riesgo específico es 20, y su nivel de alerta es de color verde¹⁴.

¹⁴ Red Nacional de Vigilancia Volcánica (RNVV) del Servicio Nacional de Geología y Minería, *Volcán Callaqui* (Santiago de Chile: SERNAGEOMIN, 2017), <https://www.sernageomin.cl/?s=volcan+callaqui> (Fecha de consulta: 03 de marzo de 2020).

Por su parte, el volcán Copahue (de los vocablos mapuche: ‘ko’ agua, ‘pa’ azufre y ‘we’ lugar) está ubicado en la frontera entre Chile y Argentina, y a 25 kilómetros al oriente del volcán Callaqui. Corresponde a un estratovolcán con una decena de cráteres, concentrándose la actividad reciente en el cráter llamado El Agrio, y que en el reporte de SERNAGEOMIN, presenta actividad fumarólica permanente y un lago ácido en su interior. Su altitud es de 2965 m.s.n.m., y en el ranking de riesgo específico, ocupa el puesto 18. Respecto del semáforo de nivel de alerta, el Copahue ha transitado en los últimos años por los diferentes colores de alerta, siendo el naranja su situación actual¹⁵.



Figura 4. Volcán Callaqui visto desde el Lob Mapu Quepuca Ralco.
Fuente: elaboración propia.

¹⁵ Red Nacional de Vigilancia Volcánica (RNVV) del Servicio Nacional de Geología y Minería, *Sernageomin decreta alerta naranja en volcán Copahue* (Santiago de Chile: SERNAGEOMIN, 2019), <https://www.sernageomin.cl/sernageomin-decreta-alerta-naranja-en-volcan-copahue/> (Fecha de consulta: 03 marzo de 2020).



Figura 5. Volcán Copahue visto desde el Lob Mapu El Barco.

Fuente: elaboración propia.

Este conjunto de la geografía humana y física se condensa en la comuna de Alto Biobío, que corresponde a una división administrativa emplazada en el sector cordillerano de la Provincia del Biobío y que se extiende desde la confluencia de los ríos Queuco y Biobío en su lado poniente, hasta el límite de la frontera chileno-argentina en el oriente. Sus comunas vecinas son Santa Bárbara al norponiente; Antuco al norte; la comuna de Quilaco al sur-poniente, y al sur, la provincia de Malleco.

Dicha área administrativa y geográfica comprende un territorio esencialmente indígena y ancestral que, hasta hace algunos años, y bajo la lógica administrativa del territorio nacional chileno, era parte de la comuna de Santa Bárbara, quedando bastante postergada de las políticas públicas y locales de desarrollo. Posteriormente, pasó a constituirse como parte de una nueva área comunal llamada Alto Biobío, que fue creada por la Ley N° 19.959 y publicada el 21 de julio de 2004 en el Diario Oficial, con el propósito de dar cuenta de la especificidad cultural, económica y productiva de un territorio poblado mayoritariamente por comunidades pertenecientes a la etnia Pehuenche. Dicha unidad administrativa nueva definió a Villa Ralco, un pequeño poblado de poco más de mil habitantes en ese entonces, como su nueva capital comunal.

En la capital, así conformada, se concentran principalmente la población no indígena y los principales centros de servicios. No obstante, el resto del territorio comunal presenta una geografía de difícil acceso, con comunidades pehuenches aisladas

y con déficit de servicios e infraestructura sanitaria. Es un paisaje delineado por quebradas producidas por la erosión de los ríos y vertientes, montañas pobladas por bosque nativo, abruptas pendientes y escasas áreas de planicies, enmarcado por los grandes ríos Queuco y Biobío, que determinan de cierta forma la vida en el Alto Biobío y de los pehuenches.

Coronando la comuna de Alto Biobío, se encuentra el volcán Callaqui, o en che-dungún *Callavquén*, el “celoso de los hombres” que, al igual que los ríos Queuco y Biobío, condiciona la geografía, el clima, la vegetación y los asentamientos humanos del territorio. Espacio en el cual se localizan 12 comunidades pehuenches, cuyos hitos geográficos como quebradas y ríos marcan —principalmente— los límites entre ellas.

En el cajón del Queuco se ubican las comunidades de Butalelbún, Trapa Trapa, Malla Malla, Cauñicú y Pitiril, y en la bifurcación de los ríos Queuco y Biobío se localiza la comunidad de Callaqui. Por el cajón del río Biobío, se encuentran las comunidades El Avellano, Quepuca Ralco, Awkin Wallmapu, Ralco Lepoy, El Barco y Guayalí, mientras que Ayin Mapu, comunidad pehuenche relocalizada desde el cajón del Biobío, se ubica en el sector las Peñas, en la vecina comuna de Santa Bárbara.

Pero, como se ha expresado anteriormente, en Alto Biobío convive más de una lógica territorial. A la consabida división administrativa de los municipios, las comunidades pehuenches se estructuran en torno a un espacio organizado como un “Lob Mapu”, esto es, un espacio geográfico común entre varias familias emparentadas, con antepasados comunes, y con dos tipos de liderazgos: el lonko, líder tradicional y consejero del saber cultural, y el presidente de la asociación comunitaria, que vendría a ser el representante ante las leyes del Estado.

En este sentido, para la institución pública y privada, el lob mapu viene a ser representado en la actualidad por la personalidad jurídica de las asociaciones de comunidades indígenas, las cuales deben estar inscritas a través de una asociación, cuya directiva debe ser liderada por un presidente, es decir, un rol adicional de autoridad dentro de la comunidad. De este modo, el presidente de la asociación lidera a la comunidad indígena en aspectos administrativos y políticos ante la legislación nacional, mientras que el Lonko (también Longko) lo hace desde su sabiduría como autoridad ancestral ante el derecho cultural de su pueblo.

Fogón y semáforo: analogías de dos geografías desencontradas

La comuna de Alto Biobío tiene un alto índice de riesgo volcánico (1 Muy Alto), en una escala de riesgo que va en los siguientes grados de peligrosidad: 5 Muy bajo; 4 Bajo; 3 Moderado; 2 Alto; 1 Muy Alto.

*El semáforo volcánico está con luz roja para la comuna*¹⁶.

En el caso del pueblo Pehuenche, su geografía también es valorada y apropiada desde un pensamiento sagrado y de la visión simbólica del territorio. Tanto el conocimiento ancestral, como los propios modos de relacionarse con el territorio, han generado mecanismos y modos de asentamientos que permiten una cohabitación con el espacio circundante, en las cuales están incluidos el conjunto de volcanes en la zona territorial pehuenche: Callaqui (Callavquen) y el Copahue dentro del límite comunal de Alto Biobío, como el volcán Lonquimay y Tolhuaca en los alrededores.

Los volcanes y montañas son los lugares sagrados desde donde descienden las aguas; los “Ngen-winkul” son espíritus poderosos cuyo Newen (fuerza o energía del Pueblo Mapuche Pehuenche) otorga protección a las comunidades pehuenches.

Precisamente, gran parte de las aguas que usan las familias pehuenches y que corren ladera abajo, aportan un sustento vital para la economía doméstica, sus praderas, cultivos y animales. Además, aportan fortaleza y bienestar a las familias por cuyos hogares pasa cerca un curso de agua descendiente de la cima del volcán: “El agua corriendo es bueno. Tiene un significado muy bonito... se lleva la mala energía. Por eso las familias siempre tienen el agua corriendo. Sirve para nuestros animales... pero siempre los pehuenches dejamos correr el agua. Es importante para nosotros”¹⁷.

De esta manera, los Ngen-winkul, espíritus protectores o tutelares de las montañas y volcanes, son considerados fundamentales —por las cosmovisión y cultura pehuenche— para el buen vivir. Tan relevante es la figura de los volcanes que las 12 comunidades pehuenches o Lob Mapu en Alto Biobío se emplazan precisamente alrededor de ellos, especialmente en torno al volcán Callavquen (o Callaqui).

Este volcán celoso de la presencia de los hombres instala una normatividad consuetudinaria sobre el espacio. Las comunidades se asientan en sus faldas, a sus pies, proveyéndose de sus aguas de deshielo, de sus tierras fértiles y su poderoso espíritu protector. Su ubicación en la centralidad espacial de la geografía pehuenche es replicada por las familias, reuniéndose cada día y por generaciones en torno a sus fogones, en el centro del hogar, pues estos permiten mantener la cultura viva, y en transmisión permanente. Esto demuestra que lo que es el fogón para la familia, es el volcán para las comunidades pehuenches: el espacio central de su cultura y cotidianidad en el hogar:

Los Ngen-winkulus están en las montañas, y en el Callavquen el espíritu es el de una mujer.

Cuando llegan las machis de Temuco la ven, y se debilitan,
porque son de tierras más bajas con un Newen más débil.

¹⁶ Servicio Nacional de Geología y Minería de Chile, *Estudio de Evaluación de riesgo volcánico en distritos chilenos: Aplicación de índices de vulnerabilidad social frente a desastres* (Santiago de Chile: Gobierno de Chile, 2016), 47.

¹⁷ Entrevistado 3, 01 de enero de 2017, Lob Mapu Callaqui, Alto Biobío, Chile.

El Newen de las montañas es más fuerte, porque está más arriba.¹⁸

El fogón es la vida de los Pehuenches. Las canobas (rucas de madera) siempre han tenido un fogón al medio, y cuando alguien se servía comida o se calentaba, debía aportar alimentando al fuego. El fuego estaba todo el día prendido, y al anochecer se dejaba de mantener hasta que se apagaba cuando todos se iban a dormir a la medianoche.¹⁹

A contrapartida del valor dado por los pehuenches al volcán, desde el imaginario técnico-burocrático de la institucionalidad pública, éste está orientado a la precaución y lógica de riesgo que conlleva habitar territorios con presencia de volcanes, especialmente aquellos que están en un estado activo. En este sentido, desde lo público, se lee que los habitantes de las comunidades corren riesgos habitando las cercanías a los volcanes y que lo óptimo sería que no estuvieran allí, en esas zonas llamadas rojas, o de alto riesgo.

Lo anterior, suma nuevas variables que sumergen el Alto Biobío en una relación desencontrada, en una geografía pensada para una lógica institucional y negadora de lo ancestral.

El encuentro —o no— de las particulares maneras de percibir la geografía circundante entre los pehuenches y la institucionalidad público-privado, da cuenta de apropiaciones disimiles respecto del entorno, y con ello, de los modos de cohabitar sus espacialidades. La disputa geográfica está en el discurso y la tecnología, en que una hija de la modernidad se instala —y no escucha— en un discurso y praxis ancestral.

La aproximación a cada una de las percepciones que se conjugan y desencuentran en el territorio también está dada en su dimensión temporal. O como bien expone el geógrafo David Lowenthal, en aquella dimensión del pasado, de la memoria, la nostalgia y el recuerdo. Actitudes que desarrollamos desde la propia vivencia y de aquella heredada social y culturalmente a través de los antepasados colectivos de una comunidad o sociedad. En este ámbito, la noción de espacio y lugar, desde la cual se quiere analizar las implicancias de riesgo y vulnerabilidad del territorio pehuenche, es idónea para revisar las percepciones de este pueblo, y su relación espacial y temporal con el volcán que habitan. Al respecto, Lowenthal expone que los pensamientos son aspectos esenciales para comprender las interacciones de las personas con el medio que habitan. Aquí, las fuerzas subjetivas enraizadas en la práctica cultural propia juegan un rol importante en cómo vemos el medio ambiente, y a partir de ello, como se actúa en él²⁰.

¹⁸ Entrevistado 2, 04 de diciembre de 2017.

¹⁹ Entrevistado 3, 01 de enero de 2017.

²⁰ David Lowenthal, *Environmental, Perception and Behaviour* (Chicago: Universidad de Chicago, 1967).

Es evidente que la percepción del volcán Callavquen se construye social y culturalmente de manera disímil entre los dos grupos socioculturales. Mientras que para el pueblo Pehuenche el volcán es el hito protector y de seguridad, para la institucionalidad pública, el volcán es incorporado solo desde los protocolos de emergencia vulcanológica.

Aquí, la geografía se desencuentra entre las disputas ideológicas de cada grupo. Disputas que no solo ponen en cuestión el valor de la espacialidad misma, sino además de las temporalidades que la cruzan en la construcción de las relaciones entre los grupos humanos con y en el entorno. Tiempos que definen las relaciones con el volcán o sus ríos y vertientes.

El conocimiento ancestral, en el caso de las comunidades pehuenches, fue adquirido por generaciones, bajo sistemáticas observaciones y relaciones espaciales y perceptivas con los propios ritmos y características eruptivas de cada volcán de la zona: “El Copahue siempre erupciona hacia Argentina, porque está acostado sobre ese lado. No nos afecta” o “El Callavquen siempre está tranquilo, no recordamos erupciones grandes, y cuando se altera los ríos que bajan cambian de color altiro”²¹.

Estas afirmaciones son parte de las reflexiones de los comuneros, que les permiten evaluar e incluir factores relevantes al momento de relacionarse espacialmente y a través del tiempo con los volcanes de su territorialidad; pero especialmente con el Callavquen, cuyas comunidades se asientan alrededor de sus faldas. Por su parte, las temporalidades y espacialidades de las instituciones públicas son desde otra lógica y cultura, en este caso, sustentadas en el protocolo de emergencia ante las dinámicas volcánicas, en los instrumentos de registro vulcanológico, en símbolos como el semáforo de actividad volcánica, y en un pensamiento relacional desde la sociedad de riesgo. De esta manera, lo que para unos es seguridad y protección, bendición si se quiere, para otros, es la protocolización de la emergencia, es riesgo y peligro.

Pero no todo queda solamente en el ejercicio evocador. La nostalgia —explica Lowenthal—, reafirma las identidades, como por el ejemplo, el arraigo a los lugares. Pues si bien la nostalgia sitúa a la comunidad en el valor del territorio y la vida añorada del pasado, también la reafirma en lo que hoy los identifica y relaciona con el lugar que habitan. En este sentido, la apropiación del lugar es la acumulación de la experiencia vivida a través de generaciones, y el ejercicio actual de practicarla y vivenciarla. Para los pehuenches, entonces, el volcán carga con una importante significación de lugar y espacio, por cuanto es el medio por el cual se evoca la historia y cultura del pueblo mismo, y se reconocen tanto la territorialidad definida y vivida en el pasado, como aquella que se tensiona y disputa en el presente. O como expusiera Edward Relph²², el volcán será el elemento que simboliza para las comunidades pehuenches que la habitan a sus pies, el propio acto de proteger su lugar contra las fuerzas de destrucción externas.

²¹ Entrevistado 4, 12 de febrero de 2017, Lob Mapu El Barco, Alto Biobío, Chile.

²² Edward Relph, *Place and placelessness* (Toronto: Universidad de Toronto, 1976).

De esta manera, tenemos visiones, lenguajes y percepciones disimiles, que terminan actuando sobre la geografía de maneras distintas. Tal como podemos apreciar desde dos relatos de lógicas geográficas diferentes:

Para el terremoto de 2010, a nosotros no nos afectó mucho. Porque los ngen-winkulus son fuertes, las montañas no se movieron. Entonces no sufrimos tanto, solo susto. Y solo una roca grande se desprendió, pero al rodar hasta el río, paso por arriba de una casa. Nos cuidan.²³

Durante el periodo se registraron veinte (20) eventos clasificados como volcano-tecónicos (VT), asociados al fracturamiento de material rígido. El de mayor energía se localizó 9.5 km al noroeste (NO) del cráter activo a una profundidad de 2,5 km, con magnitud local (M) de 1,9. Adicionalmente, se registraron doscientos catorce (214) sismos de largos periodos (LP), relacionados con la dinámica de fluidos al interior del sistema volcánico; el mayor de ellos con un desplazamiento reducido (DR-) de 4.4 cm², valor considerado bajo. Alerta técnica verde: Volcán activo con comportamiento estable – No hay riesgo inmediato.²⁴

Dos miradas que también se construyen desde distancias diferentes. Mientras para la pehuenche, su relación con el volcán se desarrolla a los pies mismo del cráter, la institucionalidad lo hace a cientos de kilómetros, desde lo urbano, y bajo una normativa general para todo el territorio nacional. Normatividad homogénea y técnica, simbolizada en el semáforo, cuyos colores verde y rojo, determinan protocolos, vulnerabilidades, riesgos y peligrosidades.

Para el caso de los volcanes en Alto Biobío, la “lectura del comportamiento” vulcanológico en Alto Biobío se hace desde la oficina Regional Sur de SERNAGEOMIN, en la ciudad capital de Concepción a más de 280 kilómetros, o desde la ciudad de Temuco a 270 kilómetros de distancia. Oficinas desde las cuales determinan si el volcán Callavquen en Alto Biobío tiene o no riesgo inmediato. Al respecto, la tecnología permite generar percepciones a distancia, bajo el filtro de los sensores, cámaras e instrumentos de medición.

En el año 2016, el Servicio Nacional de Geología y Minería (Sernageomin) dio a conocer los resultados del "Estudio de Evaluación de riesgo volcánico en distritos chilenos: Aplicación de índices de vulnerabilidad social frente a desastres", que expone los índices de riesgo volcánico sobre las comunas y distritos censales en el país. La comuna de Alto Biobío obtuvo el más alto índice de riesgo volcánico (1 - muy alto), en una escala de riesgo que va en los siguientes grados de peligrosidad: 5 -

²³ Entrevistado 2, 04 de diciembre de 2017.

²⁴ Servicio Nacional de Geología y Minería de Chile, *Reporte de Actividad Volcánica (RAV) n°3* (Temuco: SERNAGEOMIN-RNVV-OVDAS, 2020).

muy bajo; 4 - bajo; 3 - moderado; 2 - alto, y 1 - muy alto. El semáforo volcánico está con luz roja para la comuna²⁵.

En el estudio se identificaron, además, 10 factores críticos en las comunas con grado 1 para enfrentar una situación de emergencia, de las cuales la comuna de Alto Biobío posee las siguientes características locales ante dichos factores: Comunidades pehuenches con una alta dispersión geográfica; familias pehuenches emplazadas en áreas con mala comunicación y difícil acceso; Alto Biobío no posee importantes áreas urbanas, pues su único centro urbano es Villa Ralco, que cuenta con una infraestructura precaria de servicios de emergencia; las escuelas comunitarias no están en condiciones de ser centros de albergue; las postas rurales representan una de las mayores preocupaciones junto con el estado de las escuelas y, por último, ambos caminos de tierra que bordean al volcán y corren contiguo a los ríos Queuco y Biobío son de alta vulnerabilidad en caso de alguna emergencia volcánica, por los potenciales cortes de camino, derrumbes o socavamientos de su precaria y peligrosa infraestructura vial.

Sin embargo, para las comunidades la mayor preocupación no estaba en los volcanes o ríos, sino en la infraestructura que intervenía de modo importante la geografía del territorio pehuenche. Para ellos, los represamientos artificiales de las centrales hidroeléctricas Pangué y Ralco, eran el punto de preocupación por cómo podrían soportar una erupción volcánica del Callavquen o el Copahue.

A este aspecto se suman los exiguos protocolos desde la institucionalidad de emergencia del país (Oficina nacional de Emergencias del Ministerio del Interior), que generan confusión entre los presidentes de las comunidades pehuenches y el personal paramédico de las postas rurales que funcionan en las zonas interiores de las comunidades.

En un conversatorio sobre las percepciones en torno a los riesgos y protocolos relativos al volcán entre dirigentes pehuenches y personal paramédico de estas postas rurales se expusieron las siguientes inquietudes.

- Dirigentes pehuenches:

Nuestras veranadas las hacemos en la ladera del volcán, en el sector Pacha y vamos a quedarnos y buscamos piñones... Y en la noche, se dan las tormentas eléctricas, y hay muchos ruidos grandes. Desde pequeña iba con mi abuela al volcán a buscar piñones, y ahí no escuchaba ruidos. Pero ahora sí, y mucho [...] Lo único que tenemos claro de la ONEMI, es que si el Callaqui hace erupción no debemos arrancar hacia abajo (río abajo), sino ir hacia arriba. Y donde vivimos esta todo en la zona roja, hasta la laguna la Mula, todo rojo. Y por el sector Chenqueco, ahí está naranja.

Por donde baja el río Malla, es pura roca volcánica... Donde don Juan Huenchucan; y no sale registro que hubo erupción, pero nosotros sabemos que sí hizo erupción.

Y si vuelve a pasar, tendríamos que ir a Lepoy para evacuar por helicóptero, porque en vehículos no se puede llegar para acá, y nosotros no podemos bajar, y la única

²⁵ Servicio Nacional de Geología y Minería de Chile, *Estudio de Evaluación*.

opción es por helicóptero... sería en el cementerio de Ralco Lepoy por cómo es acá, pero nunca nos han preparado. A la gente no al menos [...]»²⁶

- Paramédicos Posta Rural Quepuca Ralco

Es complicado para las autoridades que evalúan el tema de emergencia [...] Por la geografía, las costumbres, lo aislado.

A nosotros sí nos han preparado, a la gente de la posta. Y nos mostraron los puntos de descenso de los helicópteros, para hacer evacuaciones por aire. En esa ocasión me dieron una moto 4x4, una enduro, para monitorear el volcán, equipo de comunicación, ahí se reforzó un poco el tema de emergencia. Pero nunca se ha hecho algo con la gente, alguna reunión.

Es que las autoridades tampoco saben qué hacer si hay erupción, para dónde arrancar, si arrancan para arriba se van a intoxicar, si arrancan para abajo se los lleva el río [...]

Y los ríos cambian al tiro si el volcán se altera. Lo que pasa es que el río Ñireko y el Malla son dos brazos directos de desagüe del volcán, y los deshielos hacen que baje el agua por ahí. El volcán se altera un poquito y el Malla baja negro.

Acá en Chile siempre todos los reglamentos y normas se hacen después que quedó la escoba.²⁷

De esta manera, y dadas las diferencias entre uno y otro paradigma desde el cual se incorporan los saberes en torno al Callavquen, es que se presentan tensiones en amplios campos y dimensiones, y se generan vulnerabilidades o riesgos para un territorio en particular según el prisma desde el cual se aborde el tema, o como bien expone Allan Lavell, a pesar de los orígenes diversos de los fenómenos físicos que se clasifican como amenazas, es importante destacar que toda amenaza es construida socialmente²⁸. Que la amenaza no está en el evento en sí, sino en su posible ocurrencia y según desde dónde se le esté analizando, y que la vulnerabilidad, no está — como bien dice este autor —, en el daño, sino en la propensión a sufrirlas.

Por lo tanto, nos encontramos ante una encrucijada de conocimientos técnicos y ancestrales que complejizan fenómenos propios del territorio en cuestión, ante la narración y estética de su geografía.

Discusión en torno al desencuentro

²⁶ Entrevistados 05, 06, 07, 08 y 09, 03 de marzo de 2017, Lob Mapu Quepuca Ralco, Alto Biobío, Chile.

²⁷ Entrevistado 10, 03 de marzo de 2017, Lob Mapu Quepuca Ralco, Alto Biobío, Chile.

²⁸ Allan Lavell, *Sobre la Gestión del Riesgo: Apuntes hacia una Definición* (1996), <http://cidbimena.desastres.hn/pdf/spa/doc15036/doc15036-contenido.pdf> (fecha de consulta: 20 de marzo de 2020).

Un aspecto central en las diferencias de percepción en torno a la presencia del volcán Callaqui entre las comunidades pehuenches, es lo que se propone como desencuentro geográfico. Dos lógicas y modos de percibir la geografía física, humana, cultural y de recursos que hay en un territorio determinado.

Existe bastante bibliografía sobre las relaciones conflictuales entre culturas en un territorio disputado. El avance del extractivismo, la imposición de lógicas neoliberales en la regulación de los territorios, los conflictos históricos de los estados nación con los pueblos originarios, o los procesos de expansión silvoagropecuaria sobre áreas y sistemas naturales, indígenas o rurales, han sido —y siguen siendo— ampliamente discutidos por diferentes disciplinas y actores sociales. Lo anterior, primando en el análisis el concepto de conflicto o problemática, e inclusive “la cuestión indígena”.

Bajo la perspectiva de esta investigación, en Alto Biobío no solo se da una condición de conflicto y enfrentamiento de dos lógicas sobre un mismo territorio, con dos perspectivas geográficas disímiles, sino también que existen elementos y discursividades concentradas en una desconfianza de las comunidades pehuenches con los medios y formas en que la cultura institucional promociona acciones y normativas en su territorialidad ancestral.

El desencuentro, en este sentido, y siguiendo las definiciones de la Real Academia Española de la lengua, se define como “Encuentro fallido y decepcionante; desacuerdo (discordia)”²⁹, lo que permita afirmar que existe un desacuerdo sobre la geografía local en Alto Biobío, un desencuentro en las formas de percibir y preservar la geografía.

De esta manera, el desencuentro nos habla de agentes de uno y otro grupo cultural que están cruzándose, pero que no necesariamente están comprendiendo los alcances de la cultura o la percepción del otro.

No es solo el modo en que se percibe la relación geográfica, en este caso comunidad-volcán, sino también la absoluta desconexión entre lenguaje y protocolo normativo de emergencia, y la oralidad-memoria de la relación entre habitantes nativos y la geografía ancestral. El desequilibrio seguirá persistiendo en las valoraciones, escalas y usos que hay sobre la geografía local desde ambas partes. Ni la escala ni el valor del espacio en Alto Biobío serán lo mismo entre la cultura institucional que la interviene y la cultura pehuenche que la habita.

Debido entonces a dicha relación de conflictos-acuerdos-intereses entre comunidades pehuenches y la cultura institucional de emergencia, es que el concepto central aquí planteado es el de desencuentro. Desencuentro que se evidencia principalmente en torno a la valorización y apropiación de la geografía y el territorio.

Por otra parte, cabe destacar que uno de los elementos centrales en el presente análisis refiere al concepto de territorio. Desde una base conceptual, podemos decir

²⁹ Real Academia Española de la Lengua, <http://dle.rae.es/?id=CskozPl> (fecha de consulta: 02 de noviembre de 2018).

que el término refiere a una “extensión de la superficie terrestre habitada por grupos humanos y delimitada (o delimitable) en diferentes escalas”³⁰. Esto es, que a un área geográfica determinada se le asigna un valor y ejercicio de apropiación por parte de un grupo cultural, generando espacios de usos e hitos fronterizos. Dicha extensión terrestre habitada y delimitada —como expone Gilberto Giménez— determina el fin de un área virgen o indiferenciada, para dar paso a un espacio valorizado instrumental, física y simbólicamente.

Ahora bien, para el caso de Alto Biobío nos encontramos principalmente ante dos maneras de ejercer territorialidad. La territorialidad ancestral pehuenche comprende al territorio desde una mirada de integración de todos los elementos que se conjugan en ello. Lo que quiere decir que sumado al grupo humano indígena que lo habita, también se encuentran otros seres vivos y elementos del entorno. En este sentido, el territorio para los pueblos indígenas no es únicamente un espacio susceptible de proveer recursos:

Los llamados “recursos” —el agua, los cerros, las cataratas, los animales, pero también las personas, los espíritus del bosque y cada pequeño insecto— son primero seres integrantes de un espacio de relación que a su vez los identifica en el mito y les sitúa en la historia, en el medio ambiente, en la economía y en la sociedad. Ese espacio de relación no es un espacio repartido en zonas de uso. Desde esta perspectiva, el territorio indígena, lejos de constituir una extensión geométrica enmarcada en hitos físicos que separan y delimitan, no es otra cosa que la consolidación de un tejido muy específico y singular de vínculos sociales entre los diferentes seres que constituyen el entorno.³¹

El territorio, bajo esta perspectiva, no se reduce a una superficie de espacios y límites específicos, menos de áreas valorizadas por sus recursos explotables, sino de ámbitos dinámicos, versátiles, y con tramas múltiples de interacciones sociales, con los elementos del medio ambiente circundante como instancias centrales en dichas redes. En consecuencia, el volcán y su espiritualidad son aspectos indivisibles con la cotidianidad y la cultura ancestral pehuenche.

Al respecto, para el investigador Gustavo Agredo Cardona, y analizando la situación del territorio indígena en un contexto de mayor mestizaje social y cultural, el territorio indígena se entiende como: “Las áreas poseídas de forma regular y permanente por un pueblo indígena y aquella que, aunque no están poseídas en dicha forma,

³⁰ Gilberto Giménez, “Territorio y culturas”, *Revista Estudios sobre las culturas contemporáneas* Vol. 2: n° 4 (1996): 10.

³¹ Alexandre Surrallés y Pedro García Hierro, *Tierra Adentro*, 12.

constituyen su hábitat o el ámbito tradicional de sus actividades sagradas o espirituales, sociales, económicas y culturales, así otros grupos étnicos o poblacionales habitan en dicho territorio”³².

En este sentido, el autor complementa expresando que los pueblos indígenas tienen un especial arraigo con el territorio, que va más allá de lo meramente material y cuyos principios están basados principalmente en aspectos más simbólicos como la cosmovisión de cada etnia, o la relación del nativo con la tierra, entre otros varios factores más que delatan ciertamente la íntima y particular relación entre pueblos indígenas y territorio. En el pasado, continúa Cardona, para el indígena no existía la noción del espacio regulado como lo entendemos hoy en día, es decir, como el espacio delimitado bajo lógicas de propiedad privada:

La racionalidad de territorio es una imposición de carácter occidental, concepción que fragmenta al individuo, lo limita y lo obliga a hablar de propiedad o posesión, esto es más evidente desde el mismo momento de la conquista, cuando el indígena otrora se desplazaba libremente sin ataduras, hasta sus caminos y poblados eran delineados orgánicamente, acomodados a la topografía natural, pero la imposición del trazado en damero, simbología de la dominación, se refleja hasta en las propiedades de los señores tiránicos.³³

El territorio apprehendido bajo sus particulares parámetros por cada pueblo originario va sufriendo cambios e imposiciones de otras lógicas territoriales, que finalmente se van superponiendo a las concepciones originales.

En este sentido, un interesante trabajo sobre la articulación espacial de los senderos pehuenches en Alto Biobío expone precisamente que

En el sector cordillerano del centro-sur de Chile, existen múltiples vías de comunicación pehuenches que se encuentran en tensión con múltiples procesos contemporáneos vinculados a la conformación de los Estados nacionales, la constitución de espacios reduccionales indígenas, la privatización de la propiedad indígena y la modernización de las áreas rurales.³⁴

Tensión detallada por la autora, que confronta la memoria, toponimia y el reconocimiento del territorio a través de los senderos y recorridos que permiten la movilidad por medio del rüputun (recorrer los senderos) y las prácticas asociadas a este concepto como son veranear, recolectar piñones, o el nguillatún. Y que, paulatinamente se están suprimiendo o afectando con las nuevas delimitaciones administrativas y de propiedad privada que están seccionando la territorialidad pehuenche.

³² Gustavo Agredo Cardona, “El territorio y su significado para los pueblos indígenas”, *Revista Luna Azul* n° 23 (2006): 1.

³³ *Ibid.*, 2.

³⁴ Viviana Huiliñir-Curío, “Los senderos pehuenches en Alto Biobío (Chile): articulación espacial, movilidad y territorialidad”, *Revista de Geografía Norte Grande* n° 62 (2015): 48.

En consecuencia, la geografía pehuenche se ha visto afectada y tensionada desde otras maneras de habitarla, administrarla, gestionarla y/o rentabilizarla. Nuevas ocupaciones y adaptaciones que trastocan la comprensión del territorio por parte de este pueblo, en el que, si bien subsiste la noción ancestral en el recuerdo transmitido de generación en generación, ya ha sido intervenido por los occidentalizados marcos de entendimiento de los nuevos grupos sociales dominantes, en este caso, el del paradigma de la sociedad de riesgo y de seguridad.

Un elemento por considerar de esta cultura institucional es la capacidad de estandarización y uso de un discurso y praxis sustentado en la tecnología. Al que se suma que tal constructo o imaginario proviene desde grupos humanos de culturas urbanas, por lo general de ciudades capitales, y que, en este ejercicio de normativización del riesgo, bajo criterios y estándares uniformes para una sociedad determinada, se ven enfrentadas a situaciones de diversidad cultural, tecnológica y de normatividades de tipo consuetudinarias producto, precisamente, de que los agentes institucionales no incorporan debidamente una lógica de multilocalidad con sentido intercultural.

De esta manera, el agente o institución dirige la misión desde una lógica y cultura ajenas a las particularidades locales donde se inserta, y trae consigo su bagaje cultural, tanto desde la ciudad de origen como de la sede central de la institución que representa en el nuevo territorio.

Ahora bien, los factores que han modelado una relación de paisajes y memorias repercuten en el relato de un pueblo que se reconoce bajo esta recursividad de espacio y tiempo. Un tiempo pasado que se hace tangible y seguro, tal como expone David Lowenthal:

A diferencia de los vagos contornos de los tiempos que vendrán, el pasado fijo ha sido esbozado por incontables cronistas. Sus vestigios en el paisaje y la memoria reflejan innumerables detalles de que nosotros y nuestros predecesores hemos hecho y sentido. El pasado que se elabora con exquisitez parece más familiar que el que está alejado en el espacio, en algunos casos incluso más que nuestro presente cercano; el aquí y ahora carece de la densidad y de la perfección de aquello que el tiempo ha filtrado y ordenado.³⁵

El pasado concreta el relato de la libertad de un pueblo autónomo. Son entonces representaciones traídas del pasado que reconstruyen la territorialidad del presente. Mientras que el presente habla de sobrevivencia, homogenización, y lucha contra las centrales hidroeléctricas, el futuro, tal como expone Lowenthal, es algo etéreo e insustancial.

³⁵ David Lowenthal, *El pasado es un país extraño* (Madrid: Ediciones Akal S.A., 1998), 28.

Yi Fu Tuan explica que a los lugares se les atribuye diferentes valoraciones según las culturas y seres vivos que los ocupan ³⁶. Sin embargo, es solo en la dinámica cultural y la acumulación de lo experiencial en el ser humano, que el lugar puede ser vivido y representado en sus múltiples aspectos y dimensiones. El espacio surgirá así, a partir de la creciente capacidad de movernos y sentir-nos en él. El lugar, será luego, el espacio concreto y valorado —como bien dice Tuan—, el lugar donde se habita³⁷. El mundo, nuestro particular mundo, se significará y tomará forma y volumen a través del ejercicio de nuestros sentidos: “Las percepciones sensoriales forman un prisma de significados sobre el mundo, son modeladas por la educación y se ponen en juego según la historia personal. En una misma comunidad varían de un individuo a otro, pero prácticamente concuerdan sobre lo esencial”³⁸, en este caso, sobre la percepción del territorio indígena como espacio de resguardo de la modernidad, de la globalización, de contención de la cosmovisión (el Newen y la territorialidad indígena) del lugar que se habita.

Ante este cúmulo de factores que se exponen de las dos percepciones o cosmovisiones territoriales —indígena y cultura institucional—, es que surge un elemento no menor en esta relación espacial que es el de incompreensión, y que, al no ser permanentemente de conflicto, se planteará acá de (des)encuentro.

Finalmente, es importante revisar el grado de ancestralidad de la geografía local, como un espacio producido con base en la memoria y las relaciones intergeneracionales con los elementos de la naturaleza, especialmente con su epicentro, el volcán.

Indistintamente, muchas de aquellas resignificaciones del territorio reviven concepciones ancestrales del mismo; de entendimientos y lógicas territoriales del pasado que aún perviven en la memoria y oralidad de los pueblos originarios, y que, ante las constantes disputas con proyecto de intervención asimétricas, recurren a lo ancestral de la territorialidad y valor del espacio:

En algunos casos, la defensa de hábitat y recursos ha puesto de relieve complejos y elaborados sistemas de conocimiento local con representaciones del mismo estructuradas de acuerdo a las lógicas internas de las culturas; en otras situaciones, el reclamo de derechos ancestrales sobre sus tierras y espacios se ha apoyado en el relevamiento de la memoria del lugar y la activación de las antiguas territorialidades.³⁹

En este sentido, plantea el autor, serían modos de ejercicio de hecho de la libre determinación, por la vía de reafirmación de sus propias estructuras territoriales, lo

³⁶ Yi Fu Tuan, *Espacio y lugar: La perspectiva de la experiencia* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1977), 02.

³⁷ *Ibíd.*, 08

³⁸ David Le Breton, *El sabor del mundo: Una antropología de los sentidos* (Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 2006), 13.

³⁹ Víctor Llancaqueo, *Pueblo Mapuche: Derechos colectivos y territorio* (Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2005), 17.

que comprende aspectos simbólico-culturales, de propiedad y uso de recursos y tierras, dimensiones de jurisdicción, control, autonomía y autogobierno. Para Arturo Escobar, la “Ancestralidad” es la ocupación antigua de un territorio dado, donde prima un mandato sobre el territorio ocupado que ha sido transmitido por generaciones:

La Toma es una de las regiones que ha logrado documentar la permanencia continua en el territorio desde la primera mitad del siglo xvii. Ésta es una de las muestras más patentes de lo que los activistas llaman “ancestralidad”: la ocupación antigua, a veces muy antigua, de un territorio dado; la continuidad de un “mandato ancestral” que persiste aún hoy en día en la memoria de los mayores y del cual testifican tanto la tradición oral como la investigación histórica y la experiencia histórica de vieja data.⁴⁰

Conclusiones

La geografía ancestral de Alto Biobío ha sido comprendida y construida como un espacio con sentido diacrónico que otorga memoria e historia en la territorialidad local, y que pone de manifiesto la dimensión temporal y espacial en la valorización social del lugar propio.

Dicha geografía ancestral da cuenta de una praxis, discursividad y lógica de los habitantes nativos pehuenches que les permite interactuar y relacionarse cotidianamente con los componentes del entorno, tal como ocurre con los volcanes, los cuales son elementos tutelares, con nociones espirituales relevantes en la cosmovisión de la cultura local, y del cual dependen ámbitos de la vida como la economía doméstica, el equilibrio de la naturaleza, la religiosidad y el bienestar del hogar —bajo la analogía del fogón—. En este sentido, el emplazamiento de las comunidades pehuenches en torno al volcán Callaqui no es azarosa, por el contrario, es producto de un proceso intergeneracional —ancestral—, de ocupación y desarrollo cultural en la geografía en cuestión.

Por otro parte, está la cultura institucional pública (oficinas de emergencia y ciencia desde el Estado) y privada (fundaciones, empresas y universidades asociadas a la emergencia), cuya normatividad y estándares de protocolos de riesgo y emergencia en áreas vulcanológicas interviene la geografía local desde la tecnología y discursividad asociada a la vulnerabilidad, peligrosidad y relaciones de riesgo entre naturaleza y seres humanos.

Su análisis de la geografía no incorpora la particularidad territorial y cultural de cada región o zona, como la de Alto Biobío, sino que se orienta bajo una lógica homogénea en los modos de escalar las condiciones y potenciales alertas de cada

⁴⁰ Arturo Escobar, “Territorios de diferencia: la ontología política de los ‘derechos al territorio’”, *Revista Desarrollo e Meio Ambiente* Vol. 35 (2015).

volcán, a través de la simbología del semáforo, las escalas de riesgos y las características geológicas, indistintamente del territorio o contexto. Así pues, se hace uso de la tecnología bajo un prisma de análisis de estándar científico global.

En consecuencia, en el espacio geográfico local se articulan lugares de diferencia y frontera entre un ‘nosotros’ y un ‘otros’, precisamente por esa percepción temporal, física y relacional del espacio. Dicha valorización sostenida en el tiempo, y revivida constantemente en la memoria, permite hoy en día, percibir al volcán más allá de su unicidad natural, convirtiéndolo en símbolo de una relación de tipo ancestral entre la cultura local, la naturaleza y la espiritualidad.

La intervención y mutación del espacio, en este sentido, termina redefiniendo los valores y escalas espaciales y de lugar. Aquí, el volcán, la naturaleza, la tierra, el agua, y los instrumentos de la práctica cultural y del quehacer territorial adquieren otro valor, escala de uso y apreciación ante la nueva técnica que ahora gobierna la acción de las relaciones en una nueva espacialidad y temporalidad del territorio y la geografía desencontrada.

Referencias

Fuentes primarias

Entrevistas

Entrevista realizada por Claudio Contreras Vélez a Entrevistado 3, 01 de enero de 2017, Lob Mapu Callaqui, Alto Biobío, Chile.

_____. Entrevistado 1, 26 de enero de 2017, Lob Mapu Quepuca Ralco, Alto Biobío, Chile.

_____. Entrevistado 10, 03 de marzo de 2017, Lob Mapu Quepuca Ralco, Alto Biobío, Chile.

_____. Entrevistados 05, 06, 07, 08 y 09, 03 de marzo de 2017, Lob Mapu Quepuca Ralco, Alto Biobío, Chile.

_____. Entrevistado 2, 04 de diciembre de 2017, Lob Mapu Pitiril, Alto Biobío, Chile.

Fuentes secundarias

Agredo Cardona, Gustavo. “El territorio y su significado para los pueblos indígenas”. *Revista Luna Azul* n° 23 (2016): 1-5.

Contreras, Claudio y Javiera Luco. *Geografía social y cultural pehuenche: Estado de ocho comunidades pehuenches en Alto Biobío y Santa Bárbara*. Valparaíso: Imbunche Ediciones, 2016.

Escobar, Arturo. “Territorios de diferencia: la ontología política de los ‘derechos al territorio’”. *Revista Desenvolvimento e Meio Ambiente* Vol. 35 (2015): 89-100.

- Fu Tuan, Yi. *Espacio y lugar: La perspectiva de la experiencia*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1977.
- Giménez, Gilberto. “Territorio y culturas”. *Revista Estudios sobre las culturas contemporáneas* Vol. 2: n° 4 (1996): 9-30.
- Grebe, Ester. “El subsistema de los Ngen en la religiosidad mapuche”. *Revista Chilena de Antropología* n° 12 (1994-1995): 45-64.
- Guber, Rosana. *La etnografía: Método, campo y reflexividad*. Bogotá: Grupo editorial Norma, 2001.
- _____. *El Salvaje Metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 2004.
- Huiliñir-Curío, Viviana. “Los senderos pehuenches en Alto Biobío (Chile): articulación espacial, movilidad y territorialidad”. *Revista de Geografía Norte Grande* n° 62 (2015): 47-66.
- Lavell, Allan. *Sobre la Gestión del Riesgo: Apuntes hacia una Definición*. 1996. <http://cidbimena.desastres.hn/pdf/spa/doc15036/doc15036-contenido.pdf>
- Le Breton, David. *El sabor del mundo: Una antropología de los sentidos*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 2006.
- Llancaqueo, Víctor. *Pueblo Mapuche: Derechos colectivos y territorio*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2005.
- Lowenthal, David. *Environmental, Perception and Behaviour*. Chicago: Universidad de Chicago, 1967.
- _____. *El pasado es un país extraño*. Madrid: Ediciones Akal S.A., 1998.
- Luco, Javiera, Claudio Contreras, Yasna Amarales y Javiera Campos. *Estudio de percepciones: Relatos y sentires de ocho (8) Comunidades Pehuenches. A 24 años de la llegada de ENDESA al territorio del Alto Biobío*. Valparaíso: Imbunche Ediciones, 2016.
- Relph, Edward. *Place and placelessness*. Toronto: Universidad de Toronto, 1976.
- Rodríguez, Gregorio, Javier Gil y Eduardo García. *Metodología de la Investigación Cualitativa*. Málaga: Ediciones Aljibe, 1999.
- Surrallés, Alexandre y Pedro García Hierro. *Tierra Adentro. Territorio indígena y percepción del entorno*. Copenhague: Grupo Internacional de Trabajo sobre Asuntos Indígenas, 2004.
- Urta, Eugenia, Rocío Núñez, Carmen Retamal y Lucy Jure. “Enfoques de estudio de casos en la investigación de enfermería”. *Revista Ciencia y Enfermería* Vol. 20: n° 1 (2014): 131-142.